

Andrés Grau i Arau\*

## Vida de Don Quijote y Sancho *de Unamuno: «una» guía*

### Resumen:

La *guía* como género tiene un fundamento epistemológico: la distinción entre saber filosófico y saber de experiencia. Ambos saberes son irreductibles, como lo son lo individual y lo universal. Al contrario del saber de experiencia, expuesto en géneros diversos, la filosofía ha tendido a presentarse en un género único. La *guía*, como género, expresa aspectos propios del saber de experiencia. Contamos con *guías* reconocidas en la historia de la literatura y del pensamiento religioso; sin embargo, hay algunas que se tienen que descubrir. María Zambrano nos propone percibir como una *guía* de la época moderna la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno.

**Palabras clave:** saber, conocimiento, filosofía, guía, género, Miguel de Unamuno, María Zambrano

### Abstract:

The *guide* as a genre has a fundamentally epistemological distinction between philosophical knowledge and experience knowledge. Both knowledges are irreducible, as are the individual and the universal. Instead of experience knowledge, as outlined in various genres, philosophy has tended to be in a unique genre. The *guide*, such as gender, expresses specific aspects of experience knowledge. We recognized guides in the history of literature and religious thought, but there are some that have to be discovered. María Zambrano proposes we perceive as a *guide* to the modern: Unamuno's work: *Life of Don Quixote and Sancho*.

**Keywords:** knowledge, philosophy, guides, gender, Miguel de Unamuno, María Zambrano

Fecha de recepción: 5 de octubre de 2009

Fecha de aceptación: 19 de octubre de 2009

\* Dpto. Historia de la Filosofía, Estética y Filosofía de la Cultura, UB. andreugrau@ub.edu

**F**rente al «conocimiento universal», que persiguen las ciencias, hallamos el «conocimiento del individuo», origen y finalidad, según María Zambrano, del «saber de experiencia». Este saber es anterior a la filosofía. Es un saber místico, pero no mística. Al contrario de la filosofía y de la mística, que persiguen trascender la prisión de la individualización, el saber de experiencia se genera en y para lo individual. «Lo grave del saber de experiencia –indicará la escritora andaluza– es que, si es verdadero, llega después, no sirve y es intransferible.»<sup>1</sup> El paradigma del saber de experiencia es la medicina: «hacerse ante un enfermo, no ante una enfermedad, o, ante una enfermedad en un enfermo».<sup>2</sup>

Es un saber resistente que ni siquiera esa «Grecia» de la que habla Zambrano en el citado ensayo, y que no es más que la «filosofía», ha podido transformar. La razón reduce a objetividad lo disperso.<sup>3</sup> Como toda ciencia, la filosofía se manifiesta en forma enunciativa e impersonal: la filosofía declara; no es comunicativa; no es un saber de experiencia: «la forma que tiene el saber de experiencia de manifestarse es por eso distinto en su raíz del filosófico y científico».<sup>4</sup> La filosofía ha perseguido siempre la máxima objetividad y se ha alejado de lo individual: Dios, la naturaleza, el conocimiento...<sup>5</sup> La experiencia en asuntos humanos no parece ser patrimonio de esa «Grecia» de la que habla Zambrano. Con lenguaje orteguiano, afirmará que, en Grecia, con la filosofía, «creencias originarias son transformadas en ideas, en nociones que aún están vivas»; sin embargo, algunas experiencias no se han dejado «reducir a universalidades» y se

han resistido a «ascender al cielo de la objetividad». El saber de experiencia es una de esas creencias y, en ella, esa «Grecia» encuentra una de sus limitaciones.

No se tiene que confundir el «saber de experiencia» con el «saber vulgar» que, en los tratados de filosofía neoescolásticos, se oponía al científico, al filosófico y al teológico, y que se definía como un conocimiento más o menos profundo de lo que envuelve al ser humano. Tampoco se tiene que identificar con el saber de experiencia o práctico que Aristóteles opone al de arte y al científico. La experiencia citada por el Estagirita se refiere al conocimiento de la naturaleza, y no al del ser humano individual. La ética, que, como saber práctico, se espera que se centre en la vida del hombre, toma, en cambio, como otras disciplinas, una existencia separada y acaba centrándose en la naturaleza humana.<sup>6</sup> La ética, tal como es presentada por Aristóteles, está, pues, lejos de ser considerada un «saber de experiencia». «La ética es, frente a la vida humana –escribe Zambrano–, la ciencia, el saber científico, por lo tanto universal y objetivo. Está desprendida del alma que la necesita, y aparece con el mismo carácter que la metafísica, ya que en realidad es la metafísica de la vida humana, de la *Physis* humana, que sería la psicología».<sup>7</sup> La filosofía aristotélica confirma lo que Zambrano pretende significar con «Grecia».

Para nuestra pensadora, Sócrates ha sido el pensador que más se ha apegado a la experiencia. Su intelectualismo y su conceptualismo son fruto del amor que profesaba por la vida. Lo que, en realidad, perseguía era encontrar el *logos* cotidiano.<sup>8</sup> La razón es para la vida

<sup>1</sup> Zambrano, M., «El saber de experiencia (Notas inconexas)» en *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995, p. 15.

<sup>2</sup> Zambrano, M., «La Guía: forma de pensamiento» en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 82.

<sup>3</sup> O. c., pp. 82-83.

<sup>4</sup> O. c., p. 85.

<sup>5</sup> O. c., p. 82.

<sup>6</sup> O. c., pp. 81-82.

<sup>7</sup> O. c., p. 82.

<sup>8</sup> O. c., p. 81.

y allí debe hallarse: he aquí uno de los puntos esenciales del saber de experiencia. En este sentido, el pensamiento socrático queda anulado con ese desprendimiento del alma que se da en la filosofía peripatética. El *logos* que había de desentrañarse de las circunstancias vitales se convierte en un *logos* ajeno que tendrá como fin dirigir esas circunstancias.

La historia de Europa se puede entender como una lucha constante entre el pensamiento filosófico y el saber de experiencia. «Varias son las experiencias que se resisten a la transformación griega –nos indica Zambrano–, y más aún al estrechamiento –absolutismo– que bajo tantas formas se enseorea de Europa a partir del Renacimiento. La cultura de Occidente enseña su faz adusta, absolutista en sus siglos barrocos, de que el absolutismo político es sólo la forma más innegable. Por eso no es extraño que al iniciarse esa era broten, como protestas proféticas de su desventura, movimientos tales como el quietismo y el iluminismo en todas sus formas. Son voces débiles que claman ante algo que va a aplastarlas, y de lo que no se saben defender, porque lo odian demasiado».<sup>9</sup> En el pensamiento contemporáneo, uno de los que también se ha apegado a la experiencia ha sido Ortega y Gasset: su periodismo, según Zambrano, tiene su móvil en el «*logos* de la conversación callejera, de la vida vulgar y sin coturno». Ese periodismo se tiene «como afán irrenunciable de encontrar la razón en el acontecimiento, en la circunstancia.» Como Sócrates en su tiempo, también Ortega saca el *logos* de las circunstancias del mundo contemporáneo.<sup>10</sup> En su libro *Filosofía para un tiempo de crisis*, Gabriel Marcel dejó claro que la filosofía no tiene sentido si no resuena en la vida concreta de la persona. Así, el filósofo auténtico es aquel ser humano responsable ante una situación puntual del

momento que le toca vivir; y aunque aspire hacia el infinito, nunca deja de ser consciente de su finitud.<sup>11</sup> El conocimiento universal no es suficiente para existir; por ello, Zambrano tendrá como prioritario llegar al conocimiento del individuo, es decir, al conocimiento de «eso que no podía entrar en la ciencia según Aristóteles».<sup>12</sup>

### Género.

Para transmitir los distintos saberes, nos valemos de unas determinadas formas, las cuales varían según las épocas. Según nuestra escritora, «estas formas diferentes indican que sirven a distintas necesidades de la vida».<sup>13</sup> El saber filosófico, a lo largo de la historia, ha contado con géneros exclusivos, como los *Enchiridion* del final de la Antigüedad o las *Summae* de la Baja Edad Media. Con otros saberes, también ha compartido formas: discursos, diálogos, meditaciones, reflexiones, diarios, confesiones, cartas, ensayos... En momentos «pobres» en sistemas filosóficos, como el Renacimiento, abundan los diálogos, las meditaciones, las epístolas... Zambrano nos comenta que las epístolas cruzadas entre humanistas «no tenían el carácter de simple correspondencia amistosa, sino el de un género literario de menor radio de acción, puesto que sólo circulaba entre los cultos». Ahora bien, la tendencia del saber filosófico es llegar a expresarse mediante una única forma, la cual aparece en la época moderna: en los siglos XVII-XVIII, ni antes ni después. Frente a las demás formas de expresar la filosofía, la bautizada por nuestra pensadora como «forma sistemática» es la que ha acabado por dominar en el saber filosófico, la que ha vencido a las demás y la que «ha arrojado sobre ellas una especie de descalificadora sombra». Con la modernidad, la filosofía, pasa a considerarse

<sup>9</sup> O. c., pp. 83-84.

<sup>10</sup> O. c., p. 81.

<sup>11</sup> Vid. Marcel, G., *Filosofía para un tiempo de crisis*, Madrid, Ediciones Guadarrama, Punto Omega, 1971.

<sup>12</sup> Zambrano, M., «La Guía: forma de pensamiento», ed. cit., p. 82.

<sup>13</sup> O. c., p. 72.

«en su forma pura y sistemática» y eso «todavía» perdura. La filosofía moderna ha hecho todo lo posible por negar los géneros anteriores, los propios y los ajenos, y convertirse en el «género por antonomasia», el «ultra-género», el «anti-género» o el «no-género», según se mire. Los títulos (*tratado, ensayo, principios, discurso, carta, introducción...*) utilizados por racionalistas, empiristas e ilustrados no son más que títulos: palabras o frases con los que se anuncia «la» filosofía. El carácter de unicidad y universalidad no sólo cuenta para la doctrina, sino también para la forma. Con paradoja incluida, utilizando un lenguaje poético, nos dirá Zambrano que hoy se hace necesario «rescatar formas olvidadas, oscurecidas por el brillo de las últimamente dominantes». <sup>14</sup> Estas formas son las del saber de experiencia: fragmentos, apólogos, confesiones, refranes, consejos, imitaciones, guías...

### *Guía.*

«Una cultura –nos cuenta Zambrano– existe cuando tiene criaturas innominadas, anónimas en quienes va impresa su forma, que poseen sin esfuerzo. Y que transmiten su ciencia, en una serie de consejos y preceptos que son toda una Guía no escrita. El escribirla significaría que estaba puesta en duda. Lo triste y peligroso es que la tradición tenga que ser expresada a sabiendas; que un día nos pongamos a “hacer tradición”». <sup>15</sup> Es necesario distinguir entre la «guía» propia del genio individual: guía interior, y la «guía como género»; así, la guía tendrá una misión esencial en el marco de una cultura determinada: prolongar y suplir la tradición, y suplir también al genio

individual que no precisa de ninguna guía porque ésta forma parte de su vida. <sup>16</sup>

Con el título de «guía», han aparecido algunos libros en los que se pueden leer preceptos o normas para dirigir la vida material y la espiritual. Para María Zambrano, la guía es la forma del saber de experiencia; es eco y portador de dicho saber. <sup>17</sup> Mantiene una unidad y una forma, y puede tenerse como «la unidad suprema de este saber experimental de la vida». <sup>18</sup> En la guía, se une o se concentra algo de naturaleza disperso; por ello, decimos que es algo parecido a un método; «de no ser así, carecería de unidad o sería un montón de refranes o una colección de fragmentos». <sup>19</sup> Esta unidad no es la de la ciencia ni la de la filosofía: no es exigencia del género, sino actitud propia del autor que escribe. Digamos que la experiencia del interlocutor es la que lleva a unir lo disperso. Su unidad es unidad de acción. «Es propio de la Guía –escribe– considerar la ética como remedio, cosa que la misma ética nunca ha hecho, ocupada en asentarse a sí misma; porque naciendo de la metafísica participa de su pureza». <sup>20</sup> La ética está fuera del «saber de experiencia»: en vez de concentrarse en la experiencia, se escapa hacia las alturas del saber teórico. Comenta Zambrano: «Vemos que la comprensión de la Guía, género literario que se nos ha presentado como una cierta sistematización de la experiencia, como la objetividad mayor a que la experiencia puede ascender, nos hace acercarnos un poco a ver ciertas peculiaridades de la vida». <sup>21</sup> En resumen, al ser un saber de experiencia, la guía es unificadora, comunicante, activa y transformadora. <sup>22</sup>

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>15</sup> O. c., p. 92.

<sup>16</sup> O. c., p. 93.

<sup>17</sup> O. c., p. 83.

<sup>18</sup> O. c., pp. 87-88.

<sup>19</sup> O. c., p. 87.

<sup>20</sup> O. c., p. 82.

<sup>21</sup> O. c., p. 90.

<sup>22</sup> O. c., p. 88.

La *guía* tiene en común con la filosofía el hecho de ser un camino de vida; sin embargo, hay una notable diferencia: la primera, al contrario de la segunda, es «para alguien», es decir, tiene un destino individual. La guía es para alguien que «necesita salir de algo, de una situación de la vida».<sup>23</sup> La guía es para los perplejos, para «esas criaturas colocadas sobre el nivel común de los que reproducen anónimamente una cultura en su forma tradicional, y que no han sabido por sí mismos lograr la unidad de su vida». Esta es la genialidad de la *Guía de perplejos* de Maimónides, la más notoria en su género, la más conocida de las escritas.<sup>24</sup>

Lo importante es que el lector perciba la colocación que la guía tiene en su preceptiva literaria. Dos extremos propone para entender la guía como género: el tratado filosófico y la confesión. Pero la cosa irá más allá: donde hay filosofía no hace falta que haya guía. La *guía* es un camino alternativo: otro camino.<sup>25</sup>

### Guías:

La guía es una forma de pensamiento que, según María Zambrano, persiste muy sutilmente en la tradición hispana. La Guía, «tan oriental» en su origen, se usa en sustitución del método (filosófico): «lo que ha sido el método para el resto de Europa ha sido la Guía para España. Método, a su vez, pero no de la ciencia sino de la vida en su transformación necesaria».<sup>26</sup> Para Zambrano es raro que un español de rango no deje una *Guía* cuando ella, la *guía*, se encuentra en España.<sup>27</sup> En la historia del pensamiento español, sobre todo en el medieval y renacentista, además de la *Guía de perplejos*, contamos con unas de orden

espiritual importantes: la de Fray Luis de Granada, la de Juan de Ávila, autores del XVI, y la de Miguel de Molinos, del siglo XVII.<sup>28</sup> Pero hay «guías» en la literatura española que no llevan el nombre de guías, pero que sí lo son. Contamos con *ejercicios espirituales*, *caminos de perfección* y *meditaciones*, que también pasan por «guías». Afirmará Zambrano que la *guía* «está por completo polarizada al que la lee» y que es «como una carta». En la *guía*, como en la *confesión*, está presente «el hombre real con sus problemas y angustias; el pensamiento existe únicamente como una dimensión dentro de algo más complejo: una situación vital de la que se quiere salir –la Confesión– o de la que se quiere hacer salir a alguien –la Guía–».<sup>29</sup>

También es guía, según Zambrano, *De cuna a la sepultura*, de Quevedo, obra teológico-filosófica, «producto del “fraile de la mejor tradición” que ha buscado evadirse de la soledad contemplativa trocando la paternidad de la sangre por la perdurable, y más universal, del espíritu».<sup>30</sup> En esta obra del Barroco español, hallamos puntos estoicos y cristianos que tienen que servirnos para la dirigir nuestra existencia.

Teniendo en cuenta las pautas de las guías renacentistas, especialmente las de la de Luis de Granada, Zambrano intenta descubrir las de los tiempos modernos; así, el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset, y *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, serían las concebidas por la literatura española contemporánea. Se presentan como una alternativa a la manera de proceder del saber esco-

<sup>23</sup> O. c., pp. 79-80 y 92.

<sup>24</sup> O. c., p. 78. Vid. también p. 82.

<sup>25</sup> O. c., p. 80.

<sup>26</sup> O. c., p. 83.

<sup>27</sup> Zambrano, M., «La Guía de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*» en *Unamuno*, Barcelona, Debate, 2003, p. 107. Vid. también «La Guía: forma de pensamiento», ed. cit., p. 78.

<sup>28</sup> Zambrano, M., «La Guía de Unamuno», ed. cit. p. 107.

<sup>29</sup> Zambrano, M., «La Guía: forma de pensamiento», ed. cit., pp. 77-78.

<sup>30</sup> Zambrano, M., «La Guía de Unamuno», ed. cit., p. 107.

lástico hispano en materia moral y política: nada vital ni práctico y sometido a la austera razón teórica. La guía tiene que acercar el intelectual a su pueblo; y eso es lo que cree Zambrano que hicieron Ganivet, Unamuno y Ortega. En las tres obras, se percibe una mezcla de elogio y de crítica de la manera de vivir española. Aunque se acepten las derrotas y los fracasos, hay siempre un espacio para el reconocimiento de aquellos que fueron grandes momentos de gloria y de los que siempre queda algo; y ese «algo» es el que sirve para juzgar las situaciones catastróficas o de decadencia. Las tres guías giran alrededor del 98: antes, durante o después, y manifiestan el dolor de la España moderna.

..., *la unamuniana*, ...

La *Vida de Don Quijote y Sancho* es guía y confesión a la vez.<sup>31</sup> Es «el» libro extraordinario que sale del libro sin igual, el *Quijote*.<sup>32</sup> Esta obra es «*Guía de la locura, Guía para naufragar y no para salir del naufragio*».<sup>33</sup> Es una guía, «pero no de perplejos», sino «de angustiados»,<sup>34</sup> mejor aún: «para ser perplejos» y «no para salir de la perplejidad»; «para perderse y no para encontrarse».<sup>35</sup> Es una guía «para atravesar la muerte misma, para atravesarla mediante nuestras obras», obras que, según Zambrano, sólo valen si son útiles para materializar lo que Dios ha pensado y ha querido.<sup>36</sup> Es una guía porque es «forma del pensamiento paternal en que alguien, acuciado por la pasión, quiere conducir a un pueblo a través del laberinto de su destino».<sup>37</sup> Es tam-

bién una guía «en la que un español se confiesa por todos y confiesa a todos sus mortales ansias para lograr su ser, su terreno, ser que también quiere ser divino».<sup>38</sup> La guía unamuniana se caracteriza por el anhelo de divinidad desde lo personal y en lo personal. Así, se pretende pactar con la divinidad, apoyarse en ella y fundirse objetivamente en ella.<sup>39</sup> Puesto que el delito mayor del ser humano es haber nacido y lo que se busca es vivir sin pecado con el fin de conseguir una realización plena del individuo, lo mejor será que Dios me sueñe, es decir, que sea «yo».<sup>40</sup> Advertirá Zambrano que la revelación de Don Quijote es la de la tragedia del existir del «hombre entero», y que, por tanto, ese hombre ya no pertenece a este mundo.<sup>41</sup> No hallamos ningún discurso metafísico ni vemos que se atienda a ninguna dialéctica; sólo hay vida individual activa y en curso: la de los personajes del relato y la del lector. Queda «el Quijote», personaje y obra, que se impone sobre la metafísica y la historia. Únicamente en el individuo, se pueden «revelar» el ser y el devenir de la humanidad. La *Vida de Don Quijote y Sancho* nos muestra «la tragedia de la persona frente a la historia, al Estado y a su propio yo que quiere salvar, a su realidad primaria e inmediata, su punto de partida».<sup>42</sup> José Artigas señala que, para Unamuno, la vida tiene la particularidad de no poderse abstraer de ese sujeto que sufre y lucha, ya que vivir es «pelear por vencer una insuficiencia que se agudiza con la intensidad del vivir».<sup>43</sup>

<sup>31</sup> O. c., p. 119.

<sup>32</sup> O. c., p. 110.

<sup>33</sup> O. c., p. 126.

<sup>34</sup> O. c., p. 119.

<sup>35</sup> O. c., p. 126.

<sup>36</sup> O. c., p. 125.

<sup>37</sup> O. c., p. 109.

<sup>38</sup> O. c., p. 119.

<sup>39</sup> O. c., p. 124.

<sup>40</sup> O. c., p. 124.

<sup>41</sup> O. c., p. 112.

<sup>42</sup> O. c., p. 127.

<sup>43</sup> Artigas, J., «En torno a la personalidad filosófica de Unamuno», *Revista de Filosofía*, nº 8, 1944, p. 135.

¿Qué pretende mostrar Unamuno al lector? Simplemente, sus ganas de meterse en la novela cervantina y hacérsela suya. No quiere contemplar la obra desde las alturas de la ciencia, como se hace en los estudios o ensayos literarios, sino sentirla y perderse en unos capítulos que relatan la acción del ser individual, del ser que vive, del ser que se angustia. Zambrano señala el «hambre de personaje» que padece el escritor vasco, la cual le lleva a extraer a Don Quijote de la novela de Cervantes.<sup>44</sup> ¿Qué ha conseguido Unamuno? ¿Cuál es la peculiaridad de la citada abstracción? Zambrano se aventura a explicar el proceso: «ha realizado, en su esquematización trágica del libro de Cervantes, una operación de abstracción. Extrae al personaje de los caminos por los que anduviera; le separa, contraponiéndolo a los demás personajes que pueblan el libro. Y, lo que es todavía más grave, borra, o desconoce, todos los matices finísimos de la duda que Cervantes, con tanta sutileza, ha sabido señalar».<sup>45</sup> Si Unamuno se lanza a escribir su obra es, sobre todo, porque no coincide con Cervantes en la manera de exponer las andanzas de Don Quijote ni en su significado. Zambrano lo deja claro: «Sentía al personaje genial en tragedia y no en novela, como lo sintió Cervantes con su ironía».<sup>46</sup> Conocedora de los géneros, afirmará: «Piedad e ironía son las dos notas del alma de todo novelista y, en grado sumo, en el mayor novelista que haya existido, en el autor del *Quijote*. Porque la novela pertenece al mundo de la misericordia, no al de la tragedia».<sup>47</sup> Unamuno no quiere el personaje de novela y, por ello, acaba reivindicando un personaje de tragedia: «Y ante esta indiferencia divina, propia de la mirada del novelista, se

revela Unamuno que quiere rescatar el personaje central, el sin par Don Quijote, convirtiéndole en criatura de tragedia, extrayéndole de la atmósfera novelesca, y crear su ámbito propio, su espacio vital del que él sería el centro».<sup>48</sup> No podrá haber «vida de Don Quijote y Sancho» ni, por lo tanto, *guía* si no se niega o se elimina el personaje de novela, el ente de ficción.

Tanto esta obra de Unamuno como las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset no son comentarios ni interpretaciones de la obra de Cervantes; su intención, al contrario, es transformarla o re-crearla después de haberla interiorizado. ¿Quién y qué es Don Quijote para Unamuno? Es la fe individualizada y, por tanto, humanizada, combinada de muchas y diversas maneras con la duda.<sup>49</sup> Esta paradójica definición se resuelve en el hecho de «hacer lo que se tiene que hacer» aunque no se crea lo que se hace. No se cree que las aldeanas sean doncellas, pero «se humilla ante ellas, ofreciéndoles toda la devoción que su alma enamorada atesora»; y lo mismo sucede con los molinos de viento.<sup>50</sup> Se da una fe creadora: esa fe que defienden, cada uno a su manera, los existencialistas y personalistas cristianos contemporáneos; esa fe que ultrapasa la que predica la religión institucional y define el catecismo; es la fe de la persona que actúa como tal: la fe, auténticamente humanizada, que es fantasía, y engendradora de personajes y mundos.<sup>51</sup> Es, sin duda alguna, la fe de la *guía*, la fe de aquel individuo que, por la vía poética y no por la de los preceptos morales, sin dejar nunca de luchar, crea su propia persona.

<sup>44</sup> Zambrano, M., «La Guía de Unamuno», p. 108.

<sup>45</sup> O. c., p. 111.

<sup>46</sup> O. c., p. 108.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> *Ibidem*.

<sup>49</sup> O. c., p. 111.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

<sup>51</sup> O. c., p. 112.